

## **CAPÍTULO 17. DE CÓMO LACHMANN DEJA RODAR UNA PIEDRA.**



A la una en punto se levantó Lachmann y rompió el juego. Se había propuesto ver el transcurso de la partida como augurio. Si ganaba, había sido elegido para restituir a su prima al trastornado hermano; si perdía, entonces renunciaría a su hermoso papel de reunir ardientes ascuas en la cabeza de su desleal prima. No se había olvidado de conjurar a la suerte; le había dado tres vueltas a la silla antes de sentarse. Mientras repartían las cartas, él mantenía las manos juntas; luego, con los ojos cerrados, rindiendo homenaje a la ceguera del destino, levantaba las cartas de un golpe, contaba hasta cinco y, entonces, veía lo que le había sido deparado.

Traía suerte. Después de un rato, se dio cuenta de que posiblemente había engañado al destino mediante sus hechizos. Se decidió pues a romper la magia, volteó la silla hacia el otro lado y levantó las cartas de golpe, sin haber conjurado antes al sagrado cinco. Sin embargo, seguía ganando y, al dejar de jugar, se hallaba convencido de que su primo le había sido encomendado. Por consiguiente, tampoco hizo nada cuando no encontró por allí a su protegido y oyó que el señor se había marchado en compañía del pintor. En el mejor estado de humor se fue para su casa.

Confiaba mucho Lachmann en el oráculo, pues sabía que la suerte le tiende la mano a un hombre razonable y éste la atrae. Y por eso no contó esta vez, como era su costumbre, los pasos que daba desde la taberna hasta su casa, sino que iba reflexionando, profunda y detenidamente, en la forma en que volvería a la razón al loco; que sólo requería un pequeño impulso para disipar la niebla del cerebro del primo, eso lo podía aceptar sin más. Meditó la cuestión de arriba para abajo y, ya que su oficio la había hecho topar con mucha gente chiflada, se le ocurrieron varios artificios con los que alguna vez había tenido suerte. No sin mérito gozaba de su fama, de manera que se las arreglaba con el medio-loco. Pero no le atraía especialmente ninguno de los planes. Con enfado, fue pateando una piedrecilla con la punta del zapato durante largo rato, como si con ello pudiera atraer sus pensamientos más rápidamente hacia la meta. Justamente en el momento en que volvía a arremeter contra el juguete rodante, rápido como un rayo pasó frente a él un muchacho silbando y le birló el golpe en sus narices con tal habilidad que la piedra fue a dar allá lejos y encontró su feliz morada en la ventana de entrada de un sótano. El pillo salió corriendo luego de dedicar una amable sonrisa al honorable doctor, de tal manera que Lachmann no pudo enojarse, sino que se alegró bastante con la travesura. Poco después se hundió en sus pensamientos.

Otra vez lo asustaron antes de llegar a la puerta de su casa. Dos chiquillos estaban parados frente a la entrada, a pesar de su pequeñez obstruían todo el camino y se gritaban a voz en cuello. El mayor, un niño con piernas larguísimas, que abría considerablemente, estaba explicando con animación que el día anterior había comido tantas papas una tras otra que hasta se le había olvidado la hora de irse a dormir y que de la mesa se había ido a la escuela. Al decir esto, alargaba la cabeza con su gran nariz rosada y redonda de modo tan desafiante que parecía haber dejado, por la prisa, uno de esos frutos de la tierra en la mitad de la cara, en lugar de ponerlo entre los dientes. El otro se reía y luego empezaba a echárselas: -Yo tengo un tío; una vez estuvo de visita con nosotros y se comió una papas tan largas y grandes que cuando las primeras ya le estaban germinando en la panza, apenas se metía las últimas en la boca y, desde entonces, se hizo gordo y tiene una panza de papas.

Lachmann entró divirtiéndose mucho con el pleito. Al oír las últimas palabras se quedó tieso, como iluminado por un brillante pensamiento. Reconoció, al ver al pequeño fanfarrón más de cerca, al joven que hace rato le había escamoteado su piedra. Eso lo impactó de tal forma que aceptó, con toda la paciencia, la manera como el

desenvuelto chico apuntaba hacia él y decía: -Mira Gustavo, ése es el doctor que le cortó la panza a mi tío y le sacó las papas con un azadón, exactamente como en el campo. Puedes preguntarle si no es cierto.

-Por la boca de un menor de edad -se dijo Lachmann a sí mismo y, con la frente despejada y una resolución determinante, entró en su casa.

Ágata salió a recibirlo desde el zaguán -¿Dónde está Augusto? -le preguntó. Dijo esto con una mano en el sombrero y la otra en el picaporte, lista para salir a todo correr después de la primera información.

Lachmann la condujo a su cuarto de trabajo, sin decirle una palabra. Allí la instó a que se sentara en el gran diván, donde acostumbraba acomodar a sus pacientes, y él tomó lugar frente a ella. Luego dijo despacito y agudamente: -Si tú continúas, querida Ágata, llamando a tu hermano Augusto y siguiendo sus huellas a cada paso, ya no me haces ninguna falta aquí. Te habrás dado cuenta de que Tomás no siente ninguna gana de verte por aquí. Y por cierto, ese es el camino más seguro para enfermarlo aún más.

Ágata cerró los ojos. Tuvo la sensación de estar sentada en el banquillo de los acusados, se sentía muy incómoda de estar sentada en plena luz, mientras su primo se guarecía prudentemente en la sombra. Su antigua veneración por todo lo que se llamara médico y le recordara el estar enferma, la olvidó, pues era Lachmann quien le predicaba buenas costumbres.

Él se deleitaba con el placer de haber dejado completamente muda a la prima y, después de muchos años, sentía el deseo de actuar como médico. -Yo podría contestarte con el antiguo refrán bíblico -recomenzó él-, pero yo no maté a tu hermano, sino que lo dejé en buenas compañías, y él no volverá, por cierto, en toda la noche -comprobó con satisfacción que, de minuto a minuto, se avenía más a su profesión. En las dos oraciones había hablado, con envidiable exactitud, de dos cuestiones de las que no sabía casi nada. Ahora importaba dominar a Ágata; si lo lograba, entonces podría estar seguro de que lo conseguiría también con su chiflado primo. El camino que había tomado estaba claro: había que atemorizar y sorprender a Ágata-. Quisiera pedirte que me escucharas con mucha atención -continuó-, tu hermano está a un paso del manicomio. Costará mucho esfuerzo volverlo a la razón, pero yo voy a intentarlo. Sin embargo, si lo tomo bajo mi responsabilidad, exijo tu obediencia incondicional.

Ágata estaba dispuesta a todo. Dio la mano a su primo y lo miró a los ojos con fidelidad. Durante unos momentos estuvieron sentados uno frente al otro, luego Lachmann vio que la mirada de su prima iba haciéndose insegura y que intentaba eludir la suya, sin conseguirlo; él percibía con claridad el esfuerzo que ella hacía para escurrir su mano, sin tener el valor para la ejecución. En todos estos vanos intentos de ella por escapar de su influencia, él se aseguró de tener la fuerza necesaria.

Dejó en libertad a su prisionera y le expuso lo que tenía que hacer y dejar de hacer. -Bajo ninguna circunstancia -concluyó- debes contradecirlo o hacerle notar que piensas que él está loco, que por cierto no está, por lo menos hasta ahora todavía no. Para ti tu hermano es Tomás Mundete, que se convirtió en el matachinchas a causa de la fiebre escarlatina. Sí, sí, tienes que confiar en mí, yo sé lo que digo -añadió con rapidez, pues Ágata quería objetar algo-. Tú debes tratarlo como si sus extravagancias fueran cosas de lo más natural. Si no puedes hacerlo, oye en silencio y, sobre todo, evita estar sola con él. Si no, me lo echarás todo a perder. Además, no puedo prometerte que te quedarás aquí conmigo. Posiblemente, te mandaré a tu casa.

Eso fue demasiado para Ágata. -Nunca jamás dejaré que me eches -prorrumpió viendo a su domador a la cara.

Lachmann alzó los hombros y se puso de pie. -Como gustes. Debí habérmelo imaginado. Ya conozco la manera como cumples tu palabra.

-¡Lachmann!

Sin inmutarse, él continuó. -Entonces, debo suplicarte que te dirijas a otro médico. Estoy acostumbrado a tratar solo a mis pacientes y sin pedir consejo a las mujeres sabias.

Ágata se levantó. -Eres y sigues siendo un... -No finalizó la oración, sino que se puso el sombrero y ató los lazos. Él la miró impávido. A la mitad de su trabajo, mientras estiraba el rostro rojo de ira y hacía como si intentara ordenar con esfuerzo los rebeldes lazos del sombrero, dijo: -Bueno, haré lo que tú quieras.

-Bien. Te confesaré lo que intento hacer con el chiflado. Pero permíteme ayudarte.

Lachmann caminó hacia su prima y, mientras ella alzaba el mentón, él le tomó las manos, que aún

temblaban de rabia. Frente a frente, muy cercanos, se estuvieron mirando durante largo rato.

-Hace tanto tiempo -dijo Lachmann con una entonación extraña. Ágata lo entendió al instante. Inclino la cabeza y asintió-. Con Albina lo haré mejor -dijo.

En seguida ambos volvieron al asunto. Lachmann hizo sus aclaraciones en un tono muy calmado. -Toda la confusión de tu hermano se debe a que él se ha imaginado haber realizado un descubrimiento. Tiene la fijación del invento, que asalta a todo hombre inteligente alguna vez en su vida. No quiero aburrirte con todo esto de cómo tu hermano cayó en ese estado, que tan peligroso es para él; tú misma bien puedes explicártelo. Por ahora la cosa está así: él está firmemente convencido de haber descubierto algo completamente nuevo y, según su opinión, de enorme importancia; el hecho de que la enfermedad no daña a la gente, sino que la exalta. Encuentra la prueba de ello en su fiebre escarlatina y en la desaparición de las chinches. Naturalmente no tiene nada que ver lo uno con lo otro. Este pensamiento, que por cierto es correcto hasta cierto punto, pero no nuevo, ocupó su mente durante el encierro, de día y de noche; y ya que se aburría y no tenía ninguna otra cosa que hacer, jugó con el concepto hasta que se le olvidó todo y no vio más que su descubrimiento. A él le ocurrió lo que a las personas malhumoradas, que van pateando una piedra con la punta del zapato, corren tras ella y continúan golpeándola, únicamente por aburrimiento, y que finalmente, olvidando sus preocupaciones con el juego, golpean cada vez más fuerte con el pie y saltan tras la piedra, hasta que de improviso van a dar bajo las ruedas de alguna carreta, con todos los miembros quebrados. Así pasó con tu hermano; no ve ni piensa nada más que su idea, y si se le permite seguir así, pronto se creará loco.

Ágata asintió repetidas veces como signo de que era de la misma opinión que Lachmann. -¿Y qué piensas hacer?

-Es muy sencillo. Voy a arrebatarle su piedra, mostrarle que su idea es antiquísima y que es una total perogrullada, y si eso no es suficiente, dejaré rodar la piedra más desenfadadamente de lo que él puede. Ya lo verás. -Lachmann, ahora, tomó las dos cintas del sombrero y las ató en un lazo, mientras Ágata levantaba la barbilla y lo miraba llena de desconfianza-. Probablemente entonces volverá a la razón. Si no, tendremos que continuar ganando tiempo, teniendo paciencia. De esa forma se cura siempre muy bien. Bueno, tu lazo está listo y ahora sé buena y déjame solo hasta la tarde. A eso de las ocho puedes regresar; entonces, espero decirte con mayor seguridad si Augusto, es decir Tomás, ya volvió o no.

Después del mediodía, Lachmann estuvo en su cuarto de trabajo escribiendo pliego tras pliego y, por la noche, cuando le leía a su prima la parodia se sonreía de satisfacción. A media lectura se interrumpió y dijo: -No soy capaz de censurarle al bueno de Tomás el que se haya enloquecido con la idea de la utilización de la enfermedad. Mientras escribía estos disparates, no tardé mucho en empezar a creer yo mismo en eso y ahora que lo leo siento otra vez la misma cosa y percibo cuánto método hay en esta locura.

Ágata dobló las manos en señal de total resignación. -Sí, sí. Ojalá que resulte tu plan. Pues si tenemos que ocuparnos todavía durante mucho tiempo de esta piedra rodante, acabaremos los tres del brazo en el manicomio.

Lachmann miró reflexivamente a la que estaba frente a él, luego siguió leyendo. -Así que continuemos con las palabras del orador.

“La enfermedad es un prodigioso medio para el progreso de la humanidad y de la cultura. (Risas y gritos) Naturalmente, los eruditos se ríen de cualquier pensamiento razonable. (Interrupciones: Paradoja. Frases. Floreciente disparate.)”

El orador continúa:

“No señores, éstas no son sólo frases, ni un disparate floreciente, sino un hecho, que se puede probar científicamente y ya ha sido probado desde hace mucho tiempo. Su verdad es inmutable, aunque yo lo haya revestido en la forma de una paradoja, como una mera cuestión de estilo. Ante las maldicientes expresiones de algunos caballeros aquí, invoco y apelo a la honesta conciencia de otros, apelo a las experiencias de todos los médicos, a la Historia de siglos como testigos. Sí, yo me atrevo a recordarles a los señores que, apenas hace unos momentos, manifestaron su desaprobación a gritos, recordarles que ellos mismos frecuentemente han comprobado la certeza de mis palabras. Quiero prescindir aquí completamente del peculiar oficio de médico, cuyos efectos consisten miles de veces, uno podría decir más bien: siempre consisten en producir enfermedades artificiales. Pues ¿qué es el narcotizar con cloroformo, sino otra enfermedad, o el sueño con morfina, o incluso el trastorno artificial del equilibrio corporal mediante baños, mediante medicamentos,

mediante inyecciones de suero, mediante infra o sobrealimentación? Y ate todo, ¿qué cosa hace la cirugía, la hija mimada de la medicina, si no es enfermar por medio de una intervención arbitraria, sea con la mano, con el cuchillo o lo que sea; una forma de restablecer mediante la enfermedad? Pero yo no quería hablar sobre esto. No, piensen ustedes con qué frecuencia, en los momentos de angustia, han tomado vino, se han emponzoñado, se han enfermado conscientemente, para acrecentar la alegría. A continuación: ¿qué es el hambre, sino una enfermedad? Y examinen lo que el hambre le ha hecho a la vida. Y también la sed. (Estridentes risas en el auditorio y bravos)”

Ágata le puso a Lachmann la mano sobre el hombro. -Me darías un gran gusto si te callaras.

El primo se rio con orgullosa satisfacción. -¿No es cierto que es muy bonito? -Y con los ojos saltados, obviamente medio poseído por el veneno que él mismo había fabricado, continuó:

“Acaso no tenía yo razón cuando afirmé que no se debería exterminar la enfermedad, que no se la debería combatir, sino que se la debería poner al servicio de las más elevadas metas de la cultura, según los principios de una nueva ciencia en proceso de formación? ¿Necesito recordarles a ustedes, que son médicos e investigadores, que el tifo, la fiebre escarlatina y la pulmonía limpian, con su poderoso asalto, al ser humano de la antigua maldad y de lastimosos defectos, dejándolo fuerte como nunca antes?”

“Todo el mundo está ahora de acuerdo en que se deben evitar las epidemias. Pero esta unanimidad de juicio debería hacernos desconfiar. Si examinamos más de cerca la cuestión, entonces descubrimos que la naturaleza hace en grande lo que nosotros, médicos, repetimos en pequeña escala. Barre, con la escoba de la epidemia, la inmundicia de los pueblos. Arrebata a los mediocres, a los inferiores, con los que el celo brutal del hombre, este maligno animal, oprime y envenena la vida de los fuertes. Si extermináis esta fuerza reparadora, limpiadora y curativa de la naturaleza, pronto viviréis bajo el mando de puros contrahechos e idiotas. (Interrupción: tú eres el idiota)”

Lachmann leía ahora con una voz más fuerte y cortante, como si quisiera esgrimir sus locas fantasías al contrincante imaginario:

“Eso tampoco les agrada a los señores. Mejor dedíquense a estudiar Historia, en vez de estar interrumpiéndome. Examinen a los grandes hombres de éxito, a los iniciadores de la cultura, a un César, un Homero, un Pablo, un Rafael, Goethe, Nietzsche, Lutero, Loyola, Beethoven, Bismark. Estaban enfermos, todos ellos estaban enfermos. O bien, busquen entre sus propios conocidos a aquellos cuya grandeza espiritual más los haya conmovido, cuyo pensamiento y energía mental hayan causado en ustedes la mayor impresión. Ustedes descubrirán que eran enfermos. Sí, continúen escuchándome y se quedarán azorados. ¿De qué vive la humanidad, la vida misma, si no es de la enfermedad, de cosas que primero se enfermaron o las mataron, para que alimenten y alegren? Se sacrifica el ganado, se siegan los cereales, ambas cosas se disfrutaban luego de haberla enfermado. Las flores se ennoblecen mediante la enfermedad. Se allanan los caminos mediante las terribles epidemias masivas, en las que mueren también los árboles y los pastos. Toda la cultura, todo el arte, todo lo que regocija y realza al hombre yace en lo que está enfermo. El hombre construye casas de maderas que han sido enfermadas artificialmente; el ardor del fuego en los hornillos es una enfermedad...”

Ágata se tapaba los oídos. -Cállate -gritó-, me estás volviendo loca.

Lachmann soltó una carcajada y aventó el manuscrito. -Quiero regalarte el resto, Ágata. Pero ¿no es cierto que uno se puede volver loco con eso? Y tu hermano se volvió loco de esa manera. Sin embargo, yo voy a alinearlo de nuevo, veneno contra veneno. Y él, él va a apurar el cáliz hasta la última gota. No se le perdonará nada.

Ambos permanecieron sentados durante largo rato, uno junto al otro, esperando al hermano, hablando de esto y aquello. Como el retardado no había aparecido aún a medianoche, Lachmann condujo a su prima al hotel.

*Volver a publicaciones de Georg Groddeck*